¿QUIÉN PIENSA ABSTRACTAMENTE?



G. W. F. Hegel

La siguiente es la primera traducción al español del texto *Wer denkt abstrakt?* de G. W. F. Hegel. Es un texto particularmente interesante porque si, por un lado, con su tono satírico —no muy usual entre los textos filosóficos hegelianos— revela una crítica a la sociedad alemana de la época, por el otro aporta elementos relevantes para comprender las críticas de Hegel al formalismo epistemológico, y la forma de articulación de su reflexión en la *Fenomenología del Espíritu*.

Hay una discusión en torno a la fecha exacta de aparición del texto. En la primera edición de las obras completas de Hegel (1832-45), aparece en el volumen 17, pp. 400-5. Al comentarlo en su *Hegels Leben* [Vida de Hegel] (1844), Rosenkranz sostiene que el texto hace parte de los ensayos periodísticos escritos durante la estancia de Hegel en Berlín. Glockner continúa con esta tradición al incluirlo dentro de lo que él clasifica como los *Vermischte Schriften aus der Berliner Zeit* [Escritos diversos de la época de Berlín].

Sin embargo en la edición posterior de Hoffmeister (1952ss) el texto ya no aparece entre los escritos de Berlín. Hoffmeister aclara en nota al pie que probablemente fue escrito en Jena entre 1807 y 1808. Walter Kaufmann, en su traducción del texto al inglés, considera esta opción poco probable: asegura que quizás sí fue escrito entre 1807 y 1808, pero no en Jena, donde Hegel no habría tenido ni el tiempo ni la tranquilidad mental para hacerlo.

Independientemente de que haya sido escrito en Jena o no, creemos que el texto tiene que haber sido concebido por Hegel cerca de su estancia durante estos años en dicha ciudad, poco tiempo después de los preparativos para la publicación de la *Fenomenología del Espíritu*, gracias a la referencia que hace al premio ofrecido por el *Morgenblatt*, publicación periódica de Tübingen y Stuttgart, que organizó un concurso sobre sátiras entre principios de abril y principios de junio de 1807.

Las versiones utilizadas para la presente traducción son la aparecida en los *Gesammelte Werke* editados por Manfred Baum y Kurt Reiner Meist en la Felix Meiner Verlag (1998), y la versión que hace parte del tomo dedicado a los escritos de Jena, *Suhrkamp* (1989).



Georg Wilhelm Friedrich Hegel

¿Quién piensa abstractamente?

ePub r1.0

SebastiánArena 30.04.17

Título original: *Wer denkt abstrakt?*
Georg Wilhelm Friedrich Hegel, 1807
Traducción: José Rafael Herrera
Diseño de cubierta: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena
ePub base r1.2



PROYECTO SCRIPTORIUM

epublibre



EDICIÓN CONMEMORATIVA

"Más libros, más libres"

¿Pensar? ¿Abstractamente? *Sauve qui peut*! —¡Sálvese quien pueda!—. Ya escucho exclamar a uno de los traidores comprados por el enemigo, pregonando que este ensayo será un discurso de metafísica. Pues «metafísica» es la palabra, al igual que «abstracto» y casi también «pensar», de la que todo el mundo huye más o menos como de alguien atacado por la peste.

Pero no es tan malo que haya que explicar aquí qué sea «pensar» y qué sea «abstracto». Nada es tan insoportable para el *buen mundo* como la explicación. Para mí ya es suficientemente repulsivo cuando alguien comienza a explicar, pues, en el peor de los casos, entiendo ya todo por mí mismo. Aquí la explicación del pensamiento y de lo abstracto se muestra, de cualquier manera, como completamente superflua, porque, precisamente, dado que el *buen mundo* sabe qué es lo abstracto, huye de ello. Así como no se desea lo que no se conoce, tampoco se le puede odiar.

Tampoco se trata aquí de querer reconciliar astutamente al *buen mundo* con el pensamiento o con lo abstracto, como si, bajo la apariencia de una conversación ligera, se les intentara introducir clandestinamente. Así, desapercibidamente y sin haber despertado ninguna repulsión, se colarían en la sociedad, e incluso serían adoptados imperceptiblemente por la sociedad misma, o, como dicen los Suabos, «echarían raíces» en ella. De esta manera, antes incluso de que el autor de esta confusión destapara la presencia de este huésped extraño, éste ya sería tratado y reconocido bajo otro título como un viejo conocido. Tales escenas de conocimiento, a través de las cuales debe ser instruido el mundo en contra de su voluntad, tienen el defecto, poco excusable, de que al mismo tiempo humillan, y de que el que las teje habrá querido con ello hacerse de una pequeña fama; pero, de esta manera, dicha humillación y esta vanidad suprimen el efecto, y alejan, nuevamente y aún más, una lección pagada a tan alto precio.

En cualquier caso, la preparación de un plan así estaría condenada al fracaso, porque exigiría, para su realización, que la palabra del enigma no fuese revelada. Pero esto ha sucedido ya en el título de este escrito. Si se tratara aquí de utilizar este ardid, no se les habría permitido a las palabras

entrar en escena desde el principio, sino que, como el ministro de la comedia, se habría requerido de ellas que rondaran ocultas bajo su abrigo durante toda la obra, y sólo hasta la última escena lo desabotonaran, dejando entonces destellar la estrella de la sabiduría. El destape del abrigo metafísico sería, en todo caso, menos eficaz que el del ministro, pues lo que el primero traería a la luz no sería más que un par de palabras, y la mejor parte de la diversión consistiría en mostrar que la sociedad ya estaba en posesión desde hacía tiempo de la cosa misma; así que, lo que se ganaría, al final, no sería más que el nombre, mientras que la estrella del ministro significa algo más real: un saco con dinero.

Que todos los presentes saben lo que es pensar y lo que es abstracto es algo que se presupone en una buena sociedad, y nos encontramos en una de ellas. La pregunta es simplemente ¿*quién* es el que piensa abstractamente? El propósito no es, como ya se ha recordado, el de reconciliar a la sociedad con estas cosas, esperar de ella que ceda ante algo difícil, apelar a su conciencia de que ha descuidado irreflexivamente aquello que tiene rango y status para un ser dotado de razón. Más bien, el propósito es reconciliar al *buen mundo* consigo mismo, aunque éste ni siquiera tenga conciencia de este descuido. Sin embargo, internamente, tiene un respeto consciente por el pensamiento abstracto, como si fuera algo más elevado, y aparta la mirada de él no porque le parezca muy bajo, sino porque lo ve como muy alto; no, pues, porque le parezca muy común, sino más bien porque lo ve demasiado distinguido; o, por decirlo de otra manera, porque se le aparece como una *espèce*, como algo especial, como algo que no otorga distinción en la sociedad en general, como a través de un nuevo ropaje, sino que, más bien, excluye de la sociedad y nos vuelve ridículos. —Tal y como, a través de un atuendo pobre, o incluso de uno rico, si está decorado con antiguas piedras preciosas pasadas de moda, o con adornos muy ricos, pero que hace ya tiempo se volvieron «chinos».

¿Quién piensa abstractamente? El hombre inculto, no el culto. Por ello, la buena sociedad no piensa abstractamente, porque eso es demasiado fácil, demasiado vulgar; vulgar no según un estatus externo o por una nobleza vacía que se pone por encima de lo que no es capaz, sino debido a la inferioridad intrínseca de la cosa.

El prejuicio y el cuidado por el pensar abstracto es tan grande que, en este punto, las narices delicadas empezarán a olfatear algo de sátira o ironía; sólo ellas saben, porque son lectoras del *Morgenblattes*[1], que ha sido puesto un premio por la sátira, y que yo, por tanto, debería competir para ganármelo, antes que rendirme sin mayores esfuerzos.

Sólo necesito aducir algunos ejemplos para mi tesis, ante los que todo el mundo convendrá en confirmarla. Un asesino es conducido al patíbulo. Para el común de la gente él no es más que un asesino. Quizá las damas hagan notar que es un hombre fuerte, bello e interesante. El pueblo, sin embargo, considerará terrible esta observación: ¿qué belleza puede tener un asesino?, ¿cómo se puede pensar tan perversamente y llamar bello a un asesino? ¡Sin duda ellas tampoco son mucho mejores! Esta es la corrupción moral que prevalece en las clases altas, añadirá, quizá, el sacerdote, quien conoce el fondo de las cosas y de los corazones.

Un conocedor de los hombres busca la manera de desentrañar la formación del criminal. Encuentra en su historia una mala educación, una mala relación familiar entre el padre y la madre, una tremenda severidad para una pequeña falta de este hombre en su pasado, que lo enconó contra el orden social —una primera reacción que lo condujo a marginarse y a no poder preservarse más que por medio del delito—. Habrá personas que cuando escuchen tales cosas dirán: ¡este quiere indultar al asesino! Recuerdo todavía haber escuchado en mi juventud a un alcalde quejarse de que los escritores estaban yendo demasiado lejos, promoviendo vehementemente desarraigar el cristianismo y la honradez: alguien había escrito una defensa del suicidio; despreciable, realmente despreciable. Resultó tratarse, luego de comentarios adicionales, de *Las cuitas del joven Werther*.

Esto significa pensar abstractamente: no ver en el asesino más que esto abstracto, que es un asesino, y a través de esta simple propiedad anular en él todo remanente de la esencia humana. Todo lo contrario a un fino y refinado mundo leipziano. Allí cubrieron con coronas de flores la rueda y al criminal a ella atado. —Esto es, sin embargo, nuevamente, la abstracción contrapuesta. A los cristianos les agrada el Rosacrucianismo, o, más aún, impulsar el Cruzrosianismo, coronar la cruz con rosas. La cruz es la horca y

la rueda ya hace tiempo santificadas. Ha perdido su significado unilateral de ser simplemente un instrumento del deshonroso castigo, para convertirse, por el contrario, en la representación del más elevado y el más profundo rechazo unidos al éxtasis más jubiloso y al honor más divino. Por el contrario, la [cruz] leipziana, atada con violetas y claveles, es una reconciliación superficial y a la Kotzebue[2], un tipo de licenciosa tolerancia entre lo sentimental y lo despreciable.

De una manera muy distinta oí alguna vez a una mujer de edad, común y corriente, una enfermera, matar la abstracción del asesino y elevarlo nuevamente a una vida con honor. La cabeza decapitada había sido colocada sobre el patíbulo bajo la luz del sol. ¡De qué manera tan bella, decía ella, el sol de la gracia de Dios resplandece sobre su cabeza! —No eres digno de que el sol brille sobre tu cabeza, se le dice al pícaro con quien se está enojado. Aquella mujer vio que los rayos del sol iluminaban la cabeza del asesino y que, por lo tanto, todavía era digno de ello. Lo elevó del castigo del patíbulo hacia la gracia soleada de Dios, y no necesitó de violetas y de una vanidad sentimental para llevar a cabo la reconciliación, sino que lo vio, bajo la luz del sol, acogido por la gracia.

¡Anciana, sus huevos están podridos!, dice la compradora a la mujer del mercado. ¿Qué, replica ésta, mis huevos podridos? ¡Es ella la que está podrida! ¿Se atreve ella a decir eso de mis huevos? ¿Ella? ¿No murió su padre acaso en la calle comido por los piojos? ¿No huyó su madre con los franceses, y no murió su abuela en un asilo? ¡Que se compre una camisa completa en lugar de andar usando ese chal de lentejuelas; bien sabemos de dónde sacó ese chal y el sombrero que usa; si no fuera por los oficiales, algunas no estarían hoy en día tan ataviadas; y si las estimadas señoras se ocuparan mejor de sus asuntos domésticos, veríamos a muchos sentados en la cárcel! ¡Que arregle los huecos en sus medias! En resumen, no le deja ni un hilo completo[3]. Ella piensa abstractamente, y la subsume —por el sombrero, el chal, la camisa, etcétera, así como por los dedos y otras partes, también al padre y a toda la parentela— únicamente bajo el crimen de haber encontrado los huevos podridos. Todo en ella se ha teñido por completo con esos huevos podridos, mientras que aquellos oficiales de los que la mujer

del mercado hablaba —si es que, lo dudo, los hay— habrían visto otras cosas en ella.

Para pasar de la criada al sirviente, ningún sirviente está peor que aquel que trabaja para un hombre de baja posición o pocos ingresos; y por eso estará mejor cuanto más honorable sea su señor. El hombre común, una vez más, piensa más abstractamente; él se da aires de gran señor frente al sirviente y se relaciona con él sólo en cuanto sirviente; a este único predicado se aferra él firmemente. El sirviente se encuentra mejor entre los franceses. El hombre noble se comporta con familiaridad con su sirviente; el francés, en cambio, es incluso un buen amigo con él. Cuando están solos, es el sirviente el que habla, como en *Jacques et son maître* de Diderot: el señor no hace otra cosa que coger su tabaco y mirar su reloj, y deja al sirviente ocuparse de todo lo demás. El hombre noble sabe que el sirviente no es solamente un sirviente, sino que también está enterado de las últimas noticias de la ciudad, conoce a las jóvenes, guarda buenas sugerencias en la cabeza; él le pregunta sobre estos asuntos, y el sirviente puede decir lo que sabe sobre aquello que se le pregunta. Entre los franceses, el sirviente no sólo tiene permitido esto, sino que puede también proponer un tema de discusión, tener su opinión y sostenerla, y cuando el señor quiere algo, no se trata de una orden, sino que debe argumentar a favor de su propia opinión y dar buenas razones para sostenerla y presentarla como la opinión imperante.

En el ejército encontramos la misma diferencia: para los prusianos[4] el soldado puede ser apaleado, él es por tanto un *canalla*[5], porque cualquiera que tenga el derecho pasivo de ser apaleado es un canalla. Así, el soldado común es para el oficial este *abstractum* de un sujeto apaleable que, ante un señor de uniforme y *Port d'epée*, debe ceder —y esto para entregarse al diablo.



GEORGE WILHELM FRIEDRICH HEGEL (Stuttgart, 27 de agosto de 1770 – Berlín, 14 de noviembre de 1831). Filósofo alemán nacido en Stuttgart, Wurtemberg, recibió su formación en el Tübinger Stift (seminario de la Iglesia Protestante en Wurtemberg), donde trabó amistad con el futuro filósofo Friedrich Schelling y el poeta Friedrich Hölderlin. Le fascinaron las obras de Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Kant, Rousseau, así como la Revolución Francesa, la cual acabó rechazando cuando esta cayó en manos del terror jacobino. Se le considera el último de los grandes metafísicos. Murió víctima de una epidemia de cólera, que hizo estragos durante el verano y el otoño de 1831.

Considerado por la historia clásica de la filosofía como el representante de «la cumbre del movimiento decimonónico alemán del idealismo filosófico» y como un revolucionario de la dialéctica, habría de tener un impacto profundo en el materialismo histórico de Karl Marx. La relación intelectual entre Marx y Hegel ha sido una gran fuente de interés hacia la obra de Hegel. Hegel es célebre como un filósofo difícil, pero muy original, de enorme trascendencia para la historia de la filosofía y que sorprende a cada nueva generación. La prueba está en que la profundidad de su pensamiento generó una serie de reacciones y revoluciones que inauguraron toda una

nueva visión de hacer filosofía, que van desde el materialismo dialéctico marxista, el pre-existencialismo de Søren Kierkegaard, el rechazo de la Metafísica de Friedrich Nietzsche, la crítica a la Ontología de Martin Heidegger, el pensamiento de Jean-Paul Sartre, la filosofía nietzscheana de Georges Bataille, la dialéctica negativa de Theodor W. Adorno y la teoría de la deconstrucción de Jacques Derrida, entre otros. Desde sus principios hasta nuestros días, sus escritos siguen teniendo una enorme repercusión e influencia, en parte debido a las múltiples interpretaciones posibles que tienen sus textos.

Notas

[1] Hegel hace referencia a la publicación *Morgenblattes für gebildete Stände*, publicada el 1 de enero de 1807, en Stuttgart y en Tübingen, y cuya segunda edición convocaba a un premio para la mejor sátira o ironía. <<

[2] August von Kotzebue (1762-1819), dramaturgo alemán, nacido en Weimar, de mucha popularidad durante aquel período. Era calificado por Hegel como un «sentimental», en el mismo sentido de la Schwermärei, o «sentimentalismo», tan detestado por Kant. <<

[3] Expresión coloquial alemana, cuyo equivalente en español vendría a ser: «la ha desplumado». <<

[4] Se refiere a los austríacos. <<

[5] En francés, en el texto original. <<